

No llegará. No llegará nunca,
le digo cada vez. ¿Qué puede buscar
un barco aquí, en donde el mar
ya no existe desde mil años?
Pero mi alma sigue merodeando en la orilla,
levanta muros de niebla, tapa los valles,
junta nubes, disfraza los alcores,
esconde los maizales, lleva los ganados
a las montañas, protege los árboles.
Después borra sus propios pasos
y vuelve a casa para decirme:
nada espero. Tienes razón, no llegará.
Pero el mar existe: hoy mismo
ha partido otro barco.

Archivo

El recuerdo me lo muestra tal como ha sido,
quizás un poco más joven. En aquel entonces
los años estaban hechos tan sólo de estaciones
y se iban mucho más lentos. Relojes
no tenían más que los árboles y el maestro de la escuela.

El venía y se adentraba en los jardines.
Se paseaba sin prisa con una vara de avellano en la mano derecha.
Iba detrás de ella por entre manzanos y membrillos
como un ciego que se fia de los ojos ajenos.

Se paraba a ratos, casi dudando
de las miradas de la vara. Después
se arrodillaba sobre la tierra y su mano
pasaba sobre la hierba
como un ala por las aguas del cielo.
Hablabá a sus adentros, mas no consigo mismo:
bajo la palma le contestaba un rumor
tan sólo por él conocido. Ahí, cavad ahí,
decía finalmente. Dibujaba con la vara
un círculo alrededor suyo.
Cavad ahí solamente tres estados de hombre.

Mirábamos desconcertados aquel círculo
mientras él desaparecía como si hubiese volado.
Llegaban los vecinos y nos ayudaban a cavar.

Después de tres estados de hombre
brotaban los manantiales.

Los que cavaban en otra parte perdían el tiempo
dos veces al reponer la tierra en su lugar.
Pero esto no lo hacían más que los que tenían tiempo de sobra para perderselo.

Toda la aldea está llena con sus fuentes;
y los manantiales, como el tiempo,
no se han secado nunca.

Los años de ahora tienen días y noches
y las estaciones pasan más aprisa.
Al recuerdo se le ha olvidado el nombre
pero me lo muestra tal como ha sido,
quizás un poco más joven. En todas las fuentes.

En el lecho del río

Es hora ya de contar y observar
cómo se te han derrumbado uno tras otro
los grandes imperios del sueño. No ha quedado
nada sin el golpe del casco de elefante
de los años. El polvo de las horas
se ha cernido sobre toda ilusión y la verdad
ha terminado inútilmente en los archivos de la memoria.
Haz la cuenta y observa cuánto ha quedado
del color de la esperanza. Cuántas palabras
han enmudecido como las piedras
en el lecho del río. ¿De qué te han servido?
Los colmillos de lobo de la soledad
han acosado todas tus noches. Disipados,
los amigos temen volver a verte.
Solamente los ciegos pueden medir aún
la distancia entre el recuerdo y la luz.
No tiene sentido enviar el pensamiento atrás
si no puedes irte tú mismo con él.
El delicado punto desde donde no hay regreso ha sido alcanzado.
Haz la cuenta y observa: todo lo que has sumado
no es más que disminución. Solamente pérdida.
Haz la cuenta y levanta el muro
y deja que la añoranza suba por sí sola
como planta exótica sobre toda la casa.

Bajo la luz del otoño

Llego una vez más delante de la casa donde,
sin saberlo, me he de mí mismo despedido.
El anochecer es suave y de las heridas
ninguna ya me duele. El murmullo de las hojas
me dice que era tiempo de volver. El silencio
ha subido de precio y las palabras sangran
al intentar tan tarde destramarlo.
La hora se está llenando con el rumor del recuerdo
y las flores empiezan a alumbrar el jardín.
Como un emperador humillado sin quererlo,
el maíz entra en la comarca llevado por yuntas de vacas.
Encima de él, los faroles de calabaza y la judía
acompañan el cortejo. De alguna parte, el silbido
de serpiente de la guadaña. La brasa
de las quitameriendas se apaga en el renadío segado.
El último cuerpo del verano se arrodilla en las colinas
y se deja fecundar por el grito azul de las grullas.
Ciervo tumbado bajo el alero de la casa, nuestro arado
está soñando el canto del mirlo. Descalza,
la infancia siembra maíz en los surcos de las nubes.
El bosque se da a la vela y se va solo hacia noviembre.
A sus bordes, el cencerro del rebaño desafía
la inclemencia de la balada con los tres pastores
y reconstruye en bronce el paraíso de otrora.

Monumentos

Tan sólo el que ha recorrido el mundo a pie
sabe el precio del agua y de la sombra.
Una semilla de luz líquida sobre los labios
y la mano de sombra del árbol
acariciándote la frente.
La eternidad no puede ser más cara.

Que no te hagas tallar tu propio rostro,
murmuraba mi abuelo tallando en roble
unas bellas cabezas de caballo.
En parejas, como si fuera un carruaje,
los caballos protegían un manantial.

En todo el camino que lleva a la montaña,
sus fuentes y sus caballos.

Entre los caminantes de ahora
nadie conoce su rostro.

Delante de la puerta

Está llamando alguien. Y no se le han oído los pasos.
No tan sólo los ángeles andan sin paso, y ellos
ya no llegan más desde afuera y al filo de la media noche.
Pero alguien está delante de la puerta. Hace tanto tiempo
que nadie se ha extraviado por esos lugares. Podría ser
alguien de otro tiempo. Un viajante
puesto en camino desde el principio del mundo.
Si hubiera tenido caballo, hubiese podido ser
el último bárbaro. Queda aún un mendrugo de pan
sobre la mesa. ¿Oyes cómo está llamando?
Como si no tuviera dedos. Pero tampoco ala
podría ser. Y la verdad no golpea de este modo.
Al menos si hubiese llovido. ¿A quién esperas?
No es pájaro, ni animal. Desde hace mucho tiempo
no te fías de los cuentos de hadas. Mas está llamando.
Los recuerdos no llaman a la puerta jamás.
No te preocupes: si es que ha llegado hasta ahí,
no hay manera de pararlo y va a entrar.
Pero déjalo llamar, déjalo que golpee
hasta que canten los gallos por tercera vez.

Las manzanas de oro

Tres han sido las manzanas de oro.
Nos venían desde los cuentos de hadas,
donde el manzano mismo era de oro
e incluso de hierba.
Todos nuestros sueños eran de oro
y Atalanta venía cada noche
a las orillas de la isla
para revivir el dulce engaño
de la manzana tirada por Hipómenes.

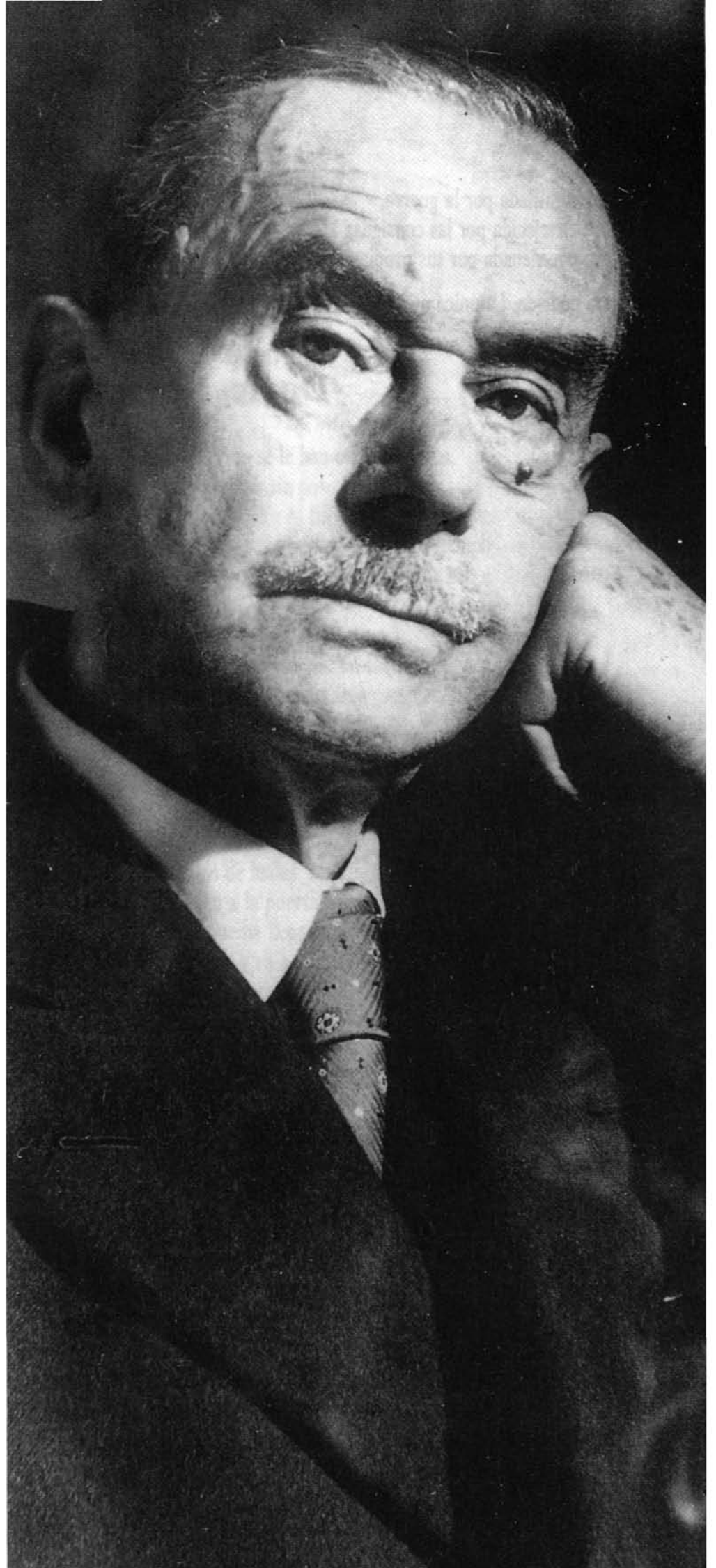
Tres han sido las manzanas de oro.

Infancia de oro humillada por la guerra,
juventud de oro envejecida por las consignas ajenas,
madurez de oro envenenada por tus propias consignas.

Vejez, manzana podrida. La única que nos queda aún.

Darie Novaceanu





Thomas Mann